

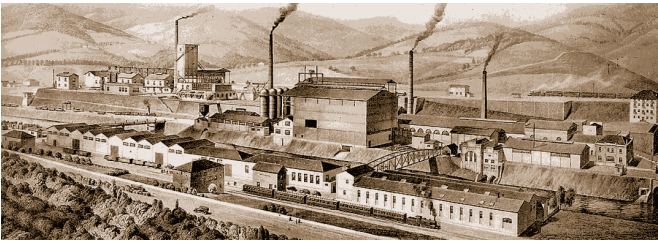
Por fin: ¿el sueño se está cumpliendo?

Los poderosos lo celebran. Por fin su sueño se está cumpliendo.

Han necesitado siglos de inciertas y duras batallas con los hombres trabajadores para salir, finalmente, vencedores.

Sus Imperios tuvieron que levantarse forzando a la esclavitud a miles de seres humanos. Sus feudos se engrandecieron obligándoles luego a la servidumbre. Sus naciones prosperaron hasta convertirse nuevamente en grandes imperios sometiéndoles al trabajo asalariado. Del expolio de su trabajo, de sus aportaciones, de sus iniciativas, de los nuevos conocimientos que a lo largo de su lucha por la vida y la supervivencia han aportado los hombres ellos se han enriquecido. Para su beneficio privado, ellos han necesitado de nuestro trabajo.

Las revoluciones industriales que a partir del siglo XVIII se desarrollaron dieron un nuevo impulso para la acumulación de riquezas y poder para los poderosos. Más fábricas, más tierras, más moderna maquinaria, más hombres trabajando en interminables jornadas de trabajo les hacían vislumbrar un futuro prometedor.



Como en épocas anteriores, el expolio del trabajo humano nunca se pudo realizar sometiendo calladamente a los hombres trabajadores. Los poderosos tuvieron que imponer con inusitada violencia sus condiciones de explotación frente a su resistencia. A lo largo del siglo XX la batalla entre el capital y el trabajo se desarrolló con toda crudeza. Pero, a pesar de que el capital empezó a abrir una gran brecha entre las posibilidades de desarrollo de unas regiones y otras de la Tierra, su expansión parecía no tener límites.

A partir del último tercio del siglo pasado se ha producido un cambio espectacular: el trabajo humano se ha desvalorizado.

La gran brecha entre las regiones se ha profundizado y el capital ya no es capaz de hacer extensiva su manera de producir a la globalidad de la sociedad humana.

Toda la destreza que a lo largo de los tiempos se ha ido adquiriendo en la manipulación y transformación de los recursos de la Tierra se ha incorporado a las herramientas. Nuestros conocimientos han alcanzado tal magnitud que hoy estamos creando complejas y eficaces máquinas que ya hacen el trabajo de los hombres.

El capital ha ganado la batalla. Ha podido deshacerse, por fin, de una fuerza de trabajo que le era imprescindible y que durante todo este proceso no había podido, a pesar de sus deseos, desvalorizar.

Por esta razón, caen como un castillo de naipes todas las conquistas sociales costosamente ganadas al capital por los trabajadores. Por esta razón se decretan sin ningún tipo de miramientos nuevas "Reformas laborales". Por esa razón nos estamos acercando a la "libre contratación", al "libre despido", a las jornadas "a tiempo parcial". Por esta razón, tres cuartas partes de la Humanidad están excluidas del trabajo productivo y están condenadas a la exclusión.

El hombre como fuerza de trabajo ya no es necesario.

Ya no nos necesitan

Estaríamos ciegos si no comprendiéramos los profundos cambios que en estas últimas décadas se están produciendo.

Roll Royce suprimirá 6000 empleos en el periodo del 2001 al 2003 a pesar de que su beneficio neto en el año 2000 ascendió a 21.663 millones de pesetas. DuPont, el gigante químico y farmacéutico suprimirá 5300 empleos a pesar de haber declarado un beneficio neto en el cuarto trimestre del año pasado de 44.000 millones de dólares. Marconi suprimirá 3000 puestos de trabajo a pesar de haber declarado más de mil millones de dólares de beneficio en el último año. Ericsson suprimirá otros 12000 empleos (17000 en total) a pesar de que sus beneficios en el primer trimestre del año alcanzaron la cifra de 11.000 millones de pesetas.

Solamente en el pasado mes de marzo han anunciado despidos y reducciones de plantilla WorldCom (telefonía de larga distancia en EEUU), Lego (fabricante danés de juguetes), Britannic Assurance (seguros), CiscoSystems (primer fabricante de infraestructuras para Internet), Intel (primer fabricante de semiconductores), Sony, Motorola (segundo fabricante mundial de móviles), Daewo, Procter and Gamble, Post Office (el servicio postal británico), Aiwa (filial de Sony), Opel, Disney, Marks and Pencer, Danone, Alcatel, la japonesa NEC, Delphi (el mayor fabricante de componentes para coches), etc.

Philips que en los años setenta tenía 412.000 trabajadores ha ido reduciendo a menos de la mitad su plantilla. Actualmente ha anunciado 7000 nuevos despidos.

La lista se añade a otras interminables listas que ya fueron anunciadas en meses anteriores. Esta es la tendencia. En los EEUU 540.519 trabajadores han recibido la carta de despido en los últimos cuatro meses.

Y esta tendencia se está desarrollando sin que las tasas de productividad se estén reduciendo. Los sesudos economistas liberales tienen grandes dificultades para poder mantener el sistema en el "crecimiento cero". Alemania, por ejemplo, continúa siendo el gran motor europeo a pesar de que el desempleo haya alcanzado la tasa del 10,1% (el 18,9% en la antigua RDA). El "muro de la vergüenza" que fue destruido está presto a ser levantado de nuevo: La Comisión Europea aprobó el 11 de abril una propuesta de aplicar un

periodo transitorio de 5 años, ampliable a 7, en la libre circulación de los trabajadores de los países del Este, tras su ingreso en la Unión Europea. ¡Libre circulación de capitales SI, de personas NO!

Nuevos muros con radar, cámaras infrarrojas, sistemas de visión nocturna, etc. ya se están edificando por doquier. Nuevos "muros de la vergüenza" que protegerán la democracia de los poderosos.

Las posibilidades de aumentar constantemente la producción con maquinaria cada día más eficiente y precisa se multiplican. Poco tiempo ha de transcurrir que una nueva maquinaria se vea reemplazada por una mucho más moderna que a su vez es capaz de abarcar más aspectos del proceso productivo.



Esta constante reducción de costos se realiza tanto por medio de una constante innovación tecnológica como por el traslado de las industrias más necesitadas del trabajo humano o de las más contaminantes a los países pobres.

Quizás ellos piensan que los excluidos nos podemos aniquilar en una lucha de todos contra todos. Conflictos religiosos, étnicos, raciales, culturales, nacionales o patrióticos son una buena mecha que siempre está a punto de ser encendida. Ellos que no tienen patria, ni dios, y que no les importa el color de su dinero no dudan en enzarzarnos, por su interés, en guerras fratricidas.

Quizás nosotros nos obstinemos a pensar que ellos se enternecerán si de rodillas les pedimos pan. Que ellos, de buena gana, repartirán.

Quizás algunos de nosotros como los antiguos esclavos en la caída de los imperios o los antiguos siervos en la ruina de los feudos creamos que es posible aún encontrar un buen amo o un buen señor. El miedo a la libertad, decía Froom.

Quizás algunos de nosotros hagamos culpable de nuestra exclusión a la ciencia y al conocimiento humano y nos planteemos volver a los árboles.

Quizás algunos de nosotros pensemos que la barbarie es "humanizable".

Quizás algunos de nosotros creamos, de buena fe, que aún nos necesitan y sigamos defendiendo, inútilmente, "mejoras" en nuestra condición de trabajadores asalariados. Otros, políticos y sindicalistas siguen muy interesados en que continuemos conservando por mucho tiempo nuestra condición de asalariados.

Pero, de lo que podemos estar seguros es que el capital ganando la batalla al trabajo está cavando su propia tumba.

Porque a pesar de su arrogancia, el capital, se encuentra en un callejón sin salida. Sus propias contradicciones se agudizan cada vez que los avances científicos posibilitan más y mejores producciones sin necesidad del trabajo humano de otras épocas: de donde en realidad extraían la plusvalía. Se comprende bien que antes el potencial de una empresa dependiera de su

número de trabajadores. Una parte de su trabajo era destinada al salario; la otra parte eran los beneficios. En el esclavismo el 100% de su trabajo eran beneficios para los propietarios (menos la manutención del esclavo).

El salario del trabajador no ha sido solamente destinado a la reposición de su fuerza de trabajo sino también ha cumplido una función imprescindible para el capital: volver a recuperar el capital para convertirlo nuevamente en mercancía. La crisis por sobreproducción (los almacenes llenos de mercancías sin poderlas vender) les asusta.

Mientras un capitalista puede enriquecerse manteniendo los salarios al mínimo para la subsistencia del trabajador, el sistema en su conjunto no puede hacer ley de esta premisa. Contradictoriamente el sistema en la medida que aumenta las posibilidades de producción de mercancías aumentan también el número de trabajadores excluidos tanto de la producción como de la posibilidad de beneficiarse de los impresionantes resultados de ésta. El avance de la exclusión y de la depauperación de las condiciones de vida de los habitantes del planeta es paralelo a la aplicación de cualquier nuevo avance tecnológico. Es una crisis permanente y desbocada. Los signos de esta exclusión que desde hace mucho tiempo es clara en los países pobres, se muestra también entre los ciudadanos de los países desarrollados: cada día un mayor número de trabajadores son excluidos del trabajo productivo mientras que las empresas siguen aumentando constantemente sus capacidades de producción.

Se entiende perfectamente pues que la empresa californiana Selectron, por ejemplo, dedicada a la fabricación de componentes electrónicos presente el día 2 de marzo unos resultados espectaculares con un crecimiento de beneficios de un 86% y dos semanas más tarde anuncie el despido de 8.200 empleados, un 10% de su plantilla. Se entiende perfectamente que Jean Ziegler intente contar en su libro *"El hambre del mundo explicada a mi hijo"* que mientras la FAO nos dice que hoy tenemos los medios suficientes para alimentar a 12 mil millones de personas (el doble de la población mundial actual) y que las técnicas y los conocimientos que poseemos aumentan sin cesar, el número de personas que mueren de hambre cada día también aumenta sin cesar.



Mientras en los palacios dorados los reyes y su corte despilfarraba manjares y opulencia al son de minuetos, el pueblo reclamaba pan. Ellos entonces decidieron conservar su poder y sus privilegios aumentando su soldadesca, privilegiando al clero, excomulgando a los desertores, subiendo los tributos, ampliando las filas de los recaudadores, administradores y cortesanos. Y mientras el pueblo reclamaba pan, ellos lo arrastraban a nuevas guerras de

conquista para hacer más extensos sus dominios. Ellos nunca se enternecieron de la miseria que engendraban.

La Historia se vuelve a repetir. Cuando hemos alcanzado unos conocimientos tales que nos podrían permitir abandonar largas jornadas de trabajo, escasez y penurias; cuando estamos en condiciones de fabricar grandes cantidades de mercancías, con gran precisión y calidad y hacerlas extensivas con rapidez y facilidad a cualquier rincón del globo; cuando podríamos incorporar a todos los seres humanos a un trabajo creador y solidario porque tenemos los medios para que el estudio, los conocimientos, la investigación, etc. estén al alcance de todos... contrariamente estamos caminando en el sentido opuesto. Nuevamente grandes fortunas, palacios dorados, reyes, gobiernos criminales, poderosas mafias, ... amparados nuevamente por una legión de soldadesca que no cesa de aumentar, bendecidos nuevamente por un clero extrañamente resurgido, rodeados nuevamente de centenares de organizaciones burocráticas, recaudadoras y administradoras de un gran expolio que ya no tiene fronteras. Nuevamente es el "dinero de la sangre y de la exclusión" de millones de ciudadanos del mundo que vuelven a pedir pan desesperadamente.

Ellos siguen sin enternecerse de la miseria que engendran.

Ellos siguen sin hacer caso de asociaciones ciudadanas que les anuncian la inevitable rebeldía de los que piden pan si no ceden una parte de sus inmensos beneficios (impuesto TOBIN).

Pero estas asociaciones ciudadanas, a buen seguro bienintencionadas, olvidan la historia. Nunca el progreso de la humanidad ha tenido lugar por la cesión voluntaria de los poderosos de parte de sus beneficios y sin erosionar las estructuras que les mantenían en el poder, sin poner en crisis la forma de propiedad en la que han basado su poder. Siempre en todas las sociedades, especialmente en los momentos de crisis, han surgido (de la mano de nuevas innovaciones tecnológicas fruto del trabajo humano) nuevas formas más eficaces para resolver los problemas planteados. Nuevas formas que libraron una terrible batalla con las viejas estructuras del poder que las impedían desarrollar.

El problema está en que ustedes humanistas bienintencionados no comprenden que este sistema agotado y sin futuro ya no corresponde a una nueva revolución tecnológica que la humanidad ya ha alcanzado y que inevitablemente no puede detenerse. Una nueva y grandiosa revolución tecnológica en contradicción con una antigua forma de propiedad que la impide desarrollar.

La imprenta, el sextante, la brújula, los primeros telares de pedal, la fabricación del vidrio transparente, el dinero papel, el uso de la pólvora, los nuevos hornos de fundición de metales, el comercio etc. se fueron desarrollando lentamente por hombres en principio excluidos de la servidumbre del trabajo de la tierra, en los extrarradios de los burgos amurallados (a partir del siglo XV). En las "ciudades libres" (como se denominaron, por ejemplo, en Alemania) se empezaron a gestar nuevas formas de producir mucho más eficaces. La propiedad sobre la tierra en la que se basaba el antiguo régimen

no podía ya ofrecer ninguna perspectiva a las luchas campesinas para mejorar sus condiciones de servidumbre. Al contrario. Más hijos para la guerra, más impuestos, más represión, más hogueras para la ciencia, más miseria, etc. era su única respuesta.

La fuerza del conocimiento humano es imparable.

En 1690 los marineros del puerto de Muden destruyeron un barco de cuatro ruedas que Denis Papin había construido para experimentar un primer ingenio de vapor (la célebre marmita de Papin). Ellos creyeron que la invención podía quitarles el trabajo. Pero en 1775 James Watt lo consiguió.

Los trabajadores de la SEAT, al igual que los marineros de Muden, también hoy observan con temor la robotización de las cadenas de montaje. Pero el proceso es imparable.

Es más. Nuestros conocimientos han alcanzado tales cuotas que podemos hacer extensible esta robotización a cualquier rama de la producción. Contradictoriamente cuando más avanza nuestra capacidad de satisfacer nuestras necesidades de manera más armoniosa con la Naturaleza, más avanza la exclusión de miles de ciudadanos y mayor es la destrucción medioambiental y ecológica que estamos provocando.

Pero la reducción de costos que aplican los capitalistas, es decir : producir más, en un menor tiempo y sin la utilización de un esfuerzo humano, no es más que una continuación de todo un proceso en esta dirección que hemos ido desarrollando los seres humanos desde las épocas más remotas.

Sustituimos el esfuerzo humano por el tiro de los animales para labrar la tierra. Utilizamos el vapor en los primeros tractores y lo sustituimos por los motores de explosión. Hoy el láser guía nuestras herramientas de labranza y mañana, seguramente, las guiaremos desde casa por ordenador.

¿Cuál es el problema?

El problema está en que estos inmensos beneficios del progreso no son colectivos y que las cifras de la desigualdad aumentan sin cesar.

El problema está en que la mayoría de la humanidad no decide en qué dirección aplicamos este gran Patrimonio del conocimiento humano. Harían falta 3 planetas Tierra si intentáramos acceder a un desarrollo en la dirección que nos llevan las grandes corporaciones mundiales.

El problema está en que esta liberación del trabajo físico y penoso, y de las largas jornadas de labor podría permitirnos avanzar en un trabajo gratificante y creador; y no en la exclusión y la miseria. Mientras la técnica alcanzada nos permite una rigurosa solución científica a muchos problemas planteados, las estructuras del poder nos lo impiden.



El problema está, nuevamente, en una forma de propiedad (sobre los recursos y sobre la aplicación de los conocimientos) que impide a los ciudadanos del mundo acceder a mayores cuotas de progreso y bienestar.

Su progreso está en el "crecimiento cero".

Su progreso está en producir solo para "su beneficio".

Su beneficio solo se puede mantener a costa de detener el progreso de la humanidad.

Pero el camino del progreso de la humanidad es imparabile. Es impensable que la humanidad no aproveche a su favor todos los conocimientos científicos en contra las estructuras políticas del poder que los atenazan.

Su sueño, sigue siendo solamente... ¡un sueño!

Josep (abril 2001)